

Introducción

Introduction

Ivana FRASQUET*
Universitat de València

Antonio CALVO MATURANA
Universidad de Málaga

Este dossier plantea el estudio histórico de la memoria española e hispanoamericana de los procesos revolucionarios que, desde la Crisis del Antiguo Régimen y hasta la formación de las nuevas naciones decimonónicas, se construyó en torno a los mismos.

La larga transición del Antiguo al Nuevo Régimen fue un tiempo de experiencias abierto a distintos recorridos y múltiples lecturas, y que –precisamente por referirse a un momento matricial en el que todo parecía posible– ha sido disputado. Su recuerdo estuvo presente en diferentes contextos históricos, como un pasado que se resistía a desaparecer del todo y que, años después, continuaba incidiendo en la vida política y cultural de las sociedades europeas y americanas. La memoria es, por lo tanto, un producto complejo, en absoluto homogéneo (cabría, pues, hablar de *memorias*), sujeto a múltiples sensibilidades y expuesto, a su vez, a vicisitudes históricas que lo reformulan constantemente.

En el caso español, las últimas décadas del XVIII y las primeras del XIX contemplan un amplio espectro de voces, sensibilidades y experiencias –tanto individuales como colectivas–, que se generaron bajo el paraguas reformista de la monarquía absoluta, el escenario bélico de las invasiones francesas o los debates políticos propios de las revoluciones liberales y sus consiguientes restauraciones absolutistas. En todos estos episodios están en juego asuntos del calado de la legitimación del poder, la identidad nacional o las cuestiones de género.

Para entender el cambio, para afrontar un futuro incierto, la memoria es un referente obligado que se utiliza como contraste, bien para recurrir a la nostalgia y recuperar (o inventar) una tradición perdida, bien para destacar las bondades del tiempo presente frente a oscuros tiempos pasados. Así, los hitos de este período percibido como un parteaguas –fundacional o catastrófico– por los propios contemporáneos fueron permanentemente revisitados y evocados de forma presentista por individuos y colectivos que, años e incluso décadas más tarde, volvieron a ellos desde diferentes perspectivas e intencionalidades como medio para sustentar su discurso, reelaborando esos episodios de cambio y de crisis, reevaluando el mundo previo y posterior a dichos acontecimientos; resignificando constantemente a los mismos hechos y personajes, y que a veces llegaron a servir para defender posturas enfrentadas.

El enorme cambio que –a ambos lados del Atlántico– supusieron los procesos de independencia hispanoamericanos y la profunda ruptura que estos ocasionaron en la

*. Autora corresponsal



percepción del tiempo histórico hasta entonces vivido generó entre los contemporáneos la conciencia de estar viviendo un momento singular, trascendental y común a todos los súbditos de la monarquía hispánica. Sin embargo, este tiempo nuevo pronto ofreció la posibilidad de reinventar un pasado para ajustarlo a las necesidades diferenciadoras del triunfo del Estado-nación. Los liberales españoles interpretaron el desafío independentista como prueba de la falta de madurez y la incapacidad de autogobierno de los americanos, negándoles los éxitos y las posibilidades que auspiciaban para su propia revolución en suelo peninsular. Por su parte, los reaccionarios lo definieron como la más alta de las traiciones e injusticias, plasmada sobre todo en la adopción de los gobiernos republicanos. Del lado americano, la memoria de las revoluciones fue rápidamente asimilada al triunfo homogeneizador de la nación al tiempo que se despojaban de todo lo español.

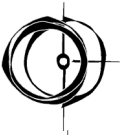
2 Sin embargo, este panorama de cambios no supuso únicamente una relectura del pasado inmediato. Daría lugar, igualmente, a numerosas reinterpretaciones de un tiempo mucho más remoto. En un mundo que tradicionalmente se había sustentado sobre la tradición y en el que el optimismo ilustrado y burgués por el progreso no acababa —ni acabaría— de imponerse, la búsqueda —y, de nuevo, resignificación— de referentes de los mundos clásico, medieval y veterorregimental será una práctica constante desde todos los frentes. Así, a finales del siglo XVIII las narrativas sobre la grandeza de Lima, por ejemplo, comparaban a Pizarro con Eneas, autor de la conquista y formación de un gran imperio, el peruano, que se asimilaba a la fundación de Roma. Como explica Elise Bartosik-Vélez, en los imaginarios reelaborados por los escritores durante esta época, los conquistadores se igualaban a los héroes clásicos y el mundo indígena era situado en parangón con la Antigüedad. Estas imágenes y narrativas serían utilizadas durante la época de la independencia por los criollos protagonistas de la lucha para construir una identidad nacional que eliminaba la época virreinal del relato identitario y entroncaba a los criollos del siglo XIX con los momentos anteriores a la conquista. Los héroes que resistieron a los colonizadores eran rescatados del olvido, recordados y vengados por los héroes de la independencia. Quienes protagonizaron la lucha negaron los vínculos familiares y culturales de la época virreinal y la representaron como una etapa oscura y decadente. Se construyó así una memoria negativa de la época colonial, en coincidencia con la intensificación dieciochesca del debate europeo sobre el papel español en la conquista de América. Uno de los ejemplos paradigmáticos sería Simón Bolívar, de ascendencia criolla y con una buena posición económica, que extendió el mito de la colonia como un período de esclavitud. Esta *represión de la memoria* fue utilizada para reescribir la historia y convertir la independencia política en el momento fundacional que marcaría el ascenso de la clase criolla para salir de la oscuridad y la esclavitud de la colonia.

En el caso español, esa memoria de lo ocurrido en épocas pasadas fue rescatada en los debates parlamentarios sobre el reconocimiento oficial de las independencias hispanoamericanas continentales y dio lugar a la construcción de una narrativa consensuada sobre la conquista del continente americano. Los debates en torno a esta cuestión mantenidos en las Cortes de 1836 muestran, como señala Ivana Frasquet, la construcción de dos tipos de memorias, una histórica y otra colectiva, que corrieron paralelas en la justificación del reconocimiento político y que ayudaron a construir una comunidad emocional en torno al acto de la aceptación de la independencia y la pérdida de territorio que esta suponía. En este sentido, la memoria histórica de la conquista y colonización de América fue sustentada en la selección y homogeneización de representaciones de ese acontecimiento pasado y revistió un fuerte componente de mitificación, utilizado en estos años para apuntalar la identidad nacional. Por otro lado,

la memoria colectiva de quienes habían convivido a inicios de siglo con el proceso revolucionario fue utilizada para reconstruir el pasado reciente como un espacio simbólico de lucha por la libertad que afianzaba el proyecto político de los liberales.

Ahora bien, si la memoria de los períodos revolucionarios fue especialmente polifónica, no podemos olvidar su convivencia con voces de signo contrario. Aparentemente opuestas, forman parte de un proceso histórico compartido que hace que unas no se puedan entender sin las otras. El estudio de la reacción o contrarrevolución se revela fundamental para abarcar la rica serie de matices que afectan al uso de la memoria. Así, el trabajo de Gonzalo Butrón se adentra en el estudio de la memoria del pasado inmediato desde la perspectiva de un Fernando VII, que quiere controlar y administrar las narrativas históricas para eludir su responsabilidad y construir un discurso que estigmatice a los revolucionarios. Durante el sexenio absolutista entre 1814 y 1820, el rey trabajó por entorpecer la regeneración de la monarquía y la reconciliación política con los revolucionarios, fueran españoles o americanos. Estas cuestiones son analizadas a través del cuestionamiento de tres tópicos recurrentes sobre el período: las críticas unánimes a la Constitución de Cádiz, la parálisis gubernamental y la unicidad del absolutismo. A partir del análisis de las memorias y los recuerdos de protagonistas de la época, como los ministros José García de León y Pizarro y Martín de Garay, se muestra cómo se ha construido el relato canónico de esta época silenciando algunas posiciones eclécticas que cuestionan la existencia incólume y sin fisuras de un absolutismo contrarrevolucionario.

Por otra parte, no podemos olvidar que el momento de la crisis del Antiguo Régimen y de la Revolución liberal fue interpretado por los actores del período a partir de una mirada que estaba atravesada e imbuida por los discursos de género. Ilustrados y anti-ilustrados, liberales y contrarrevolucionarios se valieron de estos mecanismos para comprender los acelerados cambios. Lo femenino y lo masculino se convirtieron en referentes para explicar determinadas etapas, entender las formas de hacer política y las transformaciones en la vida cultural. Esta dialéctica fue clave en las visiones en torno a Carlota Joaquina de Borbón, reina de Portugal y hermana de Fernando VII, cuya imagen estereotipada, fruto de las revisiones memoriales de las que fue objeto, acabó asentando un discurso misógino contra ella. Las críticas sobre su físico y su personalidad estuvieron ligadas al rechazo al modelo femenino que representaba, alejado del prototipo ejemplar (el *ángel del hogar*) que el liberalismo impondría a lo largo del siglo XIX. Carlota Joaquina fue objeto de diversas memorias escritas en la coyuntura del primer liberalismo (1810-1814) como respuesta a sus reclamos para ocupar la regencia y modificar la ley de sucesión al trono de España, mientras su hermano Fernando VII y el resto de su familia permanecían cautivos de Napoleón Bonaparte en Francia. Su protagonismo en la crisis política de inicios de siglo le valió duras críticas sustentadas en su comportamiento intrusivo y autoritario (una actitud opuesta a lo que el arquetipo patriarcal esperaba de una mujer, que también había sido achacada a su madre, María Luisa de Parma), al tiempo que su marido, el regente Juan de Braganza (futuro Juan VI), era feminizado y, como tal, ridiculizado mediante la negación de su virilidad. Marcela Ternavasio muestra los usos políticos de las narrativas sobre Carlota Joaquina a través de los impresos publicados durante este período y en torno a tres ejes de análisis. En el primero se recuperan las perspectivas de género que atraviesan las narrativas sobre la reactualización de la ley sálica impuesta en 1713, vinculadas a las imágenes del *borbonismo* francés frente a la tradición histórica y jurídica hispana. En el segundo, se abordan las seculares representaciones construidas en torno al *iberismo* luso-hispano y las controversias que reavivaron las pretensiones sucesorias de Carlota, y en el tercero se señalan los efectos que dichas pretensiones provocaron en el imaginario imperial de la monarquía en su



vínculo con América. De este modo, el trabajo muestra cómo la permanencia en el tiempo de este tipo de interpretaciones, así como su reproducción entre determinadas obras historiográficas, sugiere que la dimensión de género debe ser tomada en cuenta cuando se aborda el tema de la memoria de la llamada *Era de las revoluciones*.

Finalmente, este dossier se adentra en la consolidación de la memoria liberal más allá de los límites cronológicos de la Crisis del Antiguo Régimen. La Historia puede ser utilizada como representación de un período considerado como constituyente y, como tal, recreado y diseñado para justificar y legitimar el ejercicio del poder presente. La construcción nacional a lo largo del siglo XIX y XX es un ejemplo del uso del pasado como elemento vertebrador de un determinado discurso político. La memoria y su control son imprescindibles en la elaboración de una narrativa identitaria y aglutinante de la que se valieron los gobiernos y sus dirigentes en momentos de crisis política. En ese sentido, el contexto de celebración de los Centenarios de los procesos revolucionarios decimonónicos fue el escaparate idóneo para desplegar políticas de la memoria que ayudaran a asentar los proyectos de nación después de las revoluciones liberales. En el caso de México, como señala Inmaculada Verdú, se estableció una memoria oficial e institucionalizada durante la conmemoración del primer centenario de la gesta independentista. Esa construcción nacionalista culminó un proceso de invención de mitos identitarios en los que se seleccionaron unos acontecimientos y se olvidaron otros. La pugna entre la memoria y el olvido a la que se enfrentó la figura de Agustín de Iturbide, libertador para unos y traidor a la patria para otros, es analizada a partir de la celebración, en 1921, de la consumación de la independencia mexicana. En ese proceso de mitificación del pasado nacional –en el que héroes y villanos desempeñaron un papel clave– Iturbide fue objeto de un acto de *damnatio memoriae*, que trató de ensombrecer su participación en la gesta nacional independentista. El contexto político y social por el que atravesaba México tras la Revolución de 1910 no fue el propicio para enaltecer una figura que recordaba un pasado monárquico que se quería olvidar. Así, mientras 1810 sería considerado un *lugar de memoria*, 1821 fue conscientemente borrado de la narrativa histórica de los mexicanos.

En definitiva, los trabajos que integran este dossier muestran que la historicidad de la memoria y su diversidad la convierten en una herramienta de análisis pertinente para el estudio del período de las revoluciones atlánticas, en el que las estructuras sociopolíticas y mentales europeas y americanas fueron sometidas a la tensión de la crisis y el cambio. La aceleración del tiempo histórico que sucede a la intemporalidad y estabilidad del Antiguo Régimen fue percibida y vivida por los contemporáneos con ese mismo apresuramiento. En este sentido, la lectura liberal de la segunda mitad de siglo, con su nación triunfante y su mito de progreso, no puede eclipsar la realidad mental de un período en el que los acontecimientos se superponían y acumulaban en el imaginario colectivo, conviviendo con un sistema de valores y tradiciones de largo recorrido y aún vigente. De este modo, el recurso a una reescritura de las narrativas históricas –del pasado más o menos remoto– y a una reelaboración de las memorias colectivas –de un pasado reciente y presente– fue utilizado durante este amplio período para establecer, discursivamente, relatos sobre la identidad nacional y el género, y para legitimar el ejercicio del poder político desde las más variadas posiciones ideológicas.